

Kate Chopin — El hijo de Desirée¹

Como el día era agradable, Madame Valmondé fue en coche hasta L'Abri a ver a Desirée y al niño.

Pensar que Desirée tenía un niño le hacía reír. Parecía sólo ayer cuando la propia Desirée era poco más que un bebé que Monsieur, al atravesar a caballo la verja de Valmondé, la había encontrado durmiendo, tumbada a la sombra de un gran pilar de piedra.

La pequeña se despertó en sus brazos y rompió a llorar, llamando a “Dada”. Era todo lo que sabía hacer y decir. Algunos creían que podía haberse extraviado y llegado allí por su cuenta, pues estaba en la edad de empezar a andar; pero la opinión generalizada era que un grupo de texanos, cuya carreta cubierta con lona había cruzado a última hora de la tarde en el ferry que Coton Maïs manejaba justo debajo de la plantación, la había dejado allí intencionalmente. Con el tiempo Madame Valmondé abandonó cualquier especulación excepto la de que una benefactora Providencia, viendo que no tenía hijos de su carne, le había enviado a Desirée para ser la hija de su amor. En cuanto a la chica, creció hermosa y dulce, cariñosa y sincera, el ídolo de Valmondé.

No era de extrañar que cuando un día Armand Aubigny, cabalgando por allí, la vio de pie contra el pilar de piedra, a cuya sombra estuviera dormida dieciocho años antes, se enamorara de ella. Así se enamoraban todos los Aubigny, como heridos por una bala. Lo extraordinario era que no se hubiera enamorado antes, pues la conocía desde que su padre lo trajo de París a los ocho años, después de que su madre muriera allí. La pasión que despertó en él aquel día que la vio junto a la verja, lo arrasó como una avalancha o como un incendio de pradera, o cualquier idea fija que se mete en la cabeza por encima de todo obstáculo.

Monsieur Valmondé se mostró pragmático; deseaba que se valorase todo bien: es decir, el origen oscuro de la muchacha. Armand la miraba a los ojos y no le importaba nada. Le recordaron que no tenía apellido. Pero ¿qué importaba un nombre cuando él podía darle uno de los más ajeños y notables de Louisiana? Encargó el *corbeille*² a París y aguantó con la mayor paciencia que pudo hasta que llegó; después se casaron.

Madame Valmondé no había visto a Desirée y al bebé desde hacía cuatro semanas. cuando divisó L'Abri se puso a temblar, como siempre le sucedía. Era un lugar de aspecto triste que durante muchos años no había tenido la dulce presencia de un ama de casa pues el viejo Monsieur Aubigny se había casado y enterrado a su esposa en Francia. Ella amaba demasiado su propia tierra como para abandonarla. El tejado descendía empinado y negro como una capucha extendiéndose más allá de las galerías que rodeaban la casa estucada de amarillo. Los robles grandes y solemnes crecían junto a ella, y sus ramas de gruesas hojas y largo alcance la ensombrecían como un sudario. La disciplina del joven Aubigny era estricta, excesiva, y bajo ella, los negros habían olvidado la alegría que habían tenido durante la vida plácida e indulgente del viejo amo.

La joven señora se recuperaba lentamente; estaba acostada en el sofá, vestida de blanca muselina y encajes. El bebé, a su lado, reclinado en su brazo, se había quedado dormido junto a su pecho. La nodriza rubia estaba sentada junto a una ventana abanicándose.

¹ Escrito en 1892; publicado en 1893.

² Ajuar.

Literatura Norteamericana

Madame Valmondé inclinó su corpulenta figura sobre Desirée y la besó reteniéndola entre sus brazos con ternura durante un momento. Luego se volvió hacia el niño.

—¡Pero si no es el mismo niño! exclamó asombrada. El francés era la lengua que los Valmondé hablaban entonces.

—Sabía que te sorprenderías de cómo ha crecido— rió Desirée. Mi pequeño *cochon de lait*. Mírale las piernas, mamá, y las manos y las uñas, uñas de verdad. Zandrine tuvo que cortárselas esta mañana, ¿verdad, Zandrine?

La mujer inclinó majestuosamente la cabeza rodeada de un turbante: *Mais si, Madame*.

¡Y con qué fuerza llora! —continuó Desirée—; ensordecedor. El otro día, Armand le oyó desde la cabaña de La Blanche.

Madame Valmondé no había apartado sus ojos del niño. Lo levantó y caminó con él hasta la ventana donde había más luz. Examinó minuciosamente al pequeño, después escrutó del mismo modo a Zandrine, que tenía el rostro vuelto hacia el campo.

Sí, el niño ha crecido, ha cambiado —dijo lentamente Madame Valmondé, mientras lo volvía a colocar junto a su madre—. ¿Qué dice Armand?

La cara de Desirée resplandeció de pura felicidad.

—Oh, creo que Armand es el padre más orgulloso de toda la parroquia, sobre todo porque es un niño que lleva su nombre; aunque dice que no, que le habría dado igual una niña. Pero yo sé que no es verdad. Sé que lo dice para complacerme. Y otra cosa —añadió, atrayendo la cabeza de Madame Valmondé junto a la suya y hablando en un susurro— no ha castigado a ningún esclavo, ni a uno solo, desde que nació el niño. Incluso con Negrillon, que fingió haberse quemado una pierna para no trabajar, se rió y dijo que Negrillon era un gran pícaro. Oh, mamá, soy tan feliz que me da miedo.

Lo que Desirée decía era cierto. El matrimonio y el nacimiento del niño habían suavizado muchísimo la naturaleza autoritaria y exigente de Armand Aubigny. Esto era lo que hacía feliz a la dulce Desirée, porque lo amaba con locura. Cuando él fruncía el ceño, ella temblaba, pero lo amaba. Cuando él sonreía, era para ella la mayor bendición del cielo. Pero la hermosa cara morena de Armand no se había desfigurado con ceños fruncidos desde el día que se enamoró de ella.

Un día, cuando el niño tenía unos tres meses, Desirée se despertó convencida de que algo en el ambiente amenazaba su tranquilidad. Al principio se trataba de algo demasiado sutil para captarlo. Sólo era una sugerencia inquietante; un aire de misterio entre los negros; inesperadas visitas de vecinos lejanos que apenas podían dar cuenta de su llegada. Después, un extraño y espantoso cambio en la actitud de su marido, al que no se atrevía a pedir explicaciones. Cuando le hablaba, desviaba la mirada de la que parecía haber desaparecido el antiguo amor. Se ausentaba de casa y, cuando estaba allí, evitaba su presencia y la de su hijo sin pedir disculpas. Y en su trato con los esclavos parecía como si de repente estuviera poseído por el mismísimo demonio. Desirée se sentía morir de tristeza.

Una tarde calurosa, estaba en su habitación, con su *peignoir*, estirando desgadamente entre sus dedos los mechones del largo y sedoso pelo castaño que le caía sobre los hombros. El niño, medio desnudo, yacía sobre la gran cama de caoba de Desirée que, con su medio dosel forrado de satén, parecía un trono suntuoso. Uno de los pequeños cuarterones de La Blanche, también medio desnudo, estaba de pie abanicando al niño lentamente con un abanico de plumas de pavo real. Desirée había fijado su mirada ausente y triste sobre el bebé mientras se esforzaba por aclarar la amenazante neblina que se cernía sobre ella. Su mirada iba del niño al muchacho de pie junto a él, del chico al bebé, una y otra vez.

Literatura Norteamericana

“Oh” hubiera sido el grito inevitable e inconsciente de haberlo proferido. La sangre se le heló en las venas y una humedad viscosa le cubrió la cara.

Intentó hablar al pequeño cuarterón, pero al principio no le salían las palabras de la boca. Cuando él la oyó pronunciar su nombre, levantó la vista y vio que su ama señalaba la puerta. Puso a un lado el suave y gran abanico, y se escabulló obediente, descalzo y de puntillas por el suelo encerado. Ella permaneció inmóvil con la vista clavada en el niño y en su cara la imagen del espanto.

Al cabo de un rato, su marido entró en la habitación y sin hacerle caso se dirigió a una mesa y comenzó a indagar entre los papeles que estaban encima.

—Armand —llamó con un tono que si él hubiera sido humano lo habría traspasado. Pero Armand no le hizo caso. —Armand —dijo otra vez. Después se levantó y fue tambaleándose hacia él. —Armand, mira a nuestro hijo, dime qué significa —repitió entrecortadamente, cogiéndole por el brazo.

Suavemente pero con frialdad, él aflojó los dedos de Desirée alrededor de su brazo y apartó su mano.

—¿Dime qué significa! —gritó con desesperación.

—Significa que el niño no es blanco; significa que tú no eres blanca —contestó como al descuido.

La rápida intuición de todo lo que aquella acusación significaba para ella, le dio fuerzas para negarlo con inusitado valor.

—¿Es mentira; no es cierto, yo soy blanca! Mira mi pelo castaño; y mis ojos grises, Armand, tú sabes que son grises. Y mi piel es clara —dijo agarrándole por la muñeca. —Mira mi mano; más blanca que la tuya, Armand. Reía histérica.

—Tan blanca como la de La Blanche respondió él con crueldad; y salió dejándola sola con su hijo.

Cuando pudo sostener una pluma en la mano, envió una carta desesperada a Madame Valmondé.

“Madre, me dicen que no soy blanca. Armand me ha dicho que no soy blanca. Por amor de Dios, díles que no es verdad. Tú tienes que saber que no es cierto. Me voy a morir. No me queda otro remedio. No puedo ser tan desgraciada y continuar viviendo.”

La respuesta que llegó era escueta:

“Mi Desirée: vuelve a casa, a Valmondé; regresa junto a tu madre, que te quiere. Ven con tu hijo.”

Cuando recibió la carta fue con ella al estudio de su marido y la dejó abierta sobre la mesa a la que él estaba sentado. Después de dejarla allí permaneció como una estatua de piedra: callada, blanca e inmóvil.

El, en silencio, echó un frío vistazo al escrito. No dijo nada.

—¿Quieres que me vaya, Armand? —preguntó con voz aguda y desesperada ansiedad.

—Sí, vete.

—¿Quieres que me vaya?

—Sí, quiero que te vayas.

Él pensaba que el Señor Todopoderoso le había tratado cruel e injustamente; y en cierto modo sentía que estaba pagando a Dios con la misma moneda, al herir así el corazón de su esposa. Además, ya no la amaba, por la desgracia inconsciente que había traído a su casa y a su apellido.

Se dio la vuelta como aturdida por un golpe y caminó lentamente hacia la puerta, esperando que él la llamara.

—Adiós Armand —dijo con un lamento.

Él no le contestó. Ese fue el último golpe que le dio al destino.

Desirée fue a buscar a su hijo. Zandrine caminaba con él por la sombría galería. Cogió al pequeño de los brazos de su nodriza sin una palabra de explicación y, bajando los peldaños, se alejó caminando bajo las ramas de los robles.

Era una tarde de octubre; el sol se estaba poniendo. Afuera en los campos silenciosos, los negros recogían algodón.

Desirée no se había cambiado el delicado vestido blanco ni las zapatillas que llevaba. Iba con la cabeza descubierta y los rayos del sol daban un resplandor dorado a su pelo, recogido con una redecilla marrón. No tomó el trillado y amplio camino que conducía a la lejana plantación de los Válmondé. Caminó a través de un campo abandonado, donde el rastrojo hería sus frágiles pies, tan delicadamente calzados, y hacía jirones su tenue vestido.

Desapareció entre los juncos y sauces que crecían gruesos a lo largo de las orillas del profundo e indolente pantano; y no regreso nunca.

Semanas después, tuvo lugar en L'Abri una escena curiosa. En el centro del patio trasero uniformemente barrido había una gran hoguera. Armand Aubigny estaba sentado en el ancho zaguán desde el que dominaba el espectáculo; y era él quien iba entregando a media docena de negros el material que mantenía el fuego ardiendo.

Una graciosa cuna de sauce con todos sus delicados ornamentos estaba sobre la pira a la que ya habían alimentado con la abundancia de una inestimable *layette*³. Después, fueron añadiendo vestidos de seda, terciopelo y satén; también, encajes y bordados, gorros y guantes, pues el *corbeille* había sido de una calidad extraordinaria.

Lo último fue un pequeño montoncito de cartas, inocentes palabras garabateadas, que Desirée le había enviado cuando se iban a casar. Había un trozo de papel en el fondo del cajón del que las había cogido. Pero no era de Desirée; era un fragmento de una vieja carta que su madre había enviado a su padre. La leyó. Daba gracias a Dios por la bendición del amor de su marido:

“Pero, sobre todo, doy gracias a Dios, noche y día, por haber dispuesto nuestras vidas de modo que nuestro querido Armand no sepa nunca que su madre, que lo adora, pertenece a la raza maldecida con el estigma de la esclavitud.”

³ Canastilla.

Kate Chopin — Desiree's Baby

As the day was pleasant, Madame Valmondé drove over to L'Abri to see Desiree and the baby.

It made her laugh to think of Desiree with a baby. Why, it seemed but yesterday that Desiree was little more than a baby herself; when Monsieur in riding through the gateway of Valmondé had found her lying asleep in the shadow of the big stone pillar.

The little one awoke in his arms and began to cry for "Dada." That was as much as she could do or say. Some people thought she might have strayed there of her own accord, for she was of the toddling age. The prevailing belief was that she had been purposely left by a party of Texans, whose canvas-covered wagon, late in the day, had crossed the ferry that Coton Mais kept, just below the plantation. In time Madame Valmondé abandoned every speculation but the one that Desiree had been sent to her by a beneficent Providence to be the child of her affection, seeing that she was without child of the flesh. For the girl grew to be beautiful and gentle, affectionate and sincere,—the idol of Valmondé.

It was no wonder, when she stood one day against the stone pillar in whose shadow she had lain asleep, eighteen years before, that Armand Aubigny riding by and seeing her there, had fallen in love with her. That was the way all the Aubignys fell in love, as if struck by a pistol shot. The wonder was that he had not loved her before; for he had known her since his father brought him home from Paris, a boy of eight, after his mother died there. The passion that awoke in him that day, when he saw her at the gate, swept along like an avalanche, or like a prairie fire, or like anything that drives headlong over all obstacles.

Monsieur Valmondé grew practical and wanted things well considered: that is, the girl's obscure origin. Armand looked into her eyes and did not care. He was reminded that she was nameless. What did it matter about a name when he could give her one of the oldest and proudest in Louisiana? He ordered the corbeille from Paris, and contained himself with what patience he could until it arrived; then they were married.

Madame Valmondé had not seen Desiree and the baby for four weeks. When she reached L'Abri she shuddered at the first sight of it, as she always did. It was a sad looking place, which for many years had not known the gentle presence of a mistress, old Monsieur Aubigny having married and buried his wife in France, and she having loved her own land too well ever to leave it. The roof came down steep and black like a cowl, reaching out beyond the wide galleries that encircled the yellow stuccoed house. Big, solemn oaks grew close to it, and their thick-leaved, far-reaching branches shadowed it like a pall. Young Aubigny's rule was a strict one, too, and under it his negroes had forgotten how to be gay, as they had been during the old master's easy-going and indulgent lifetime.

The young mother was recovering slowly, and lay full length, in her soft white muslins and laces, upon a couch. The baby was beside her, upon her arm, where he had fallen asleep, at her breast. The yellow nurse woman sat beside a window fanning herself.

Madame Valmondé bent her portly figure over Desiree and kissed her, holding her an instant tenderly in her arms. Then she turned to the child.

"This is not the baby!" she exclaimed, in startled tones. French was the language spoken at Valmondé in those days.

"I knew you would be astonished," laughed Desiree, "at the way he has grown. The little cochon de lait! Look at his legs, mamma, and his hands and fingernails,—real finger-nails. Zandrine had to cut them this morning. Isn't it true, Zandrine?"

The woman bowed her turbaned head majestically, "Mais si, Madame."

Literatura Norteamericana

"And the way he cries," went on Desiree, "is deafening. Armand heard him the other day as far away as La Blanche's cabin."

Madame Valmondé had never removed her eyes from the child. She lifted it and walked with it over to the window that was lightest. She scanned the baby narrowly, then looked as searchingly at Zandrine, whose face was turned to gaze across the fields.

"Yes, the child has grown, has changed," said Madame Valmondé, slowly, as she replaced it beside its mother. "What does Armand say?"

Desiree's face became suffused with a glow that was happiness itself.

"Oh, Armand is the proudest father in the parish, I believe, chiefly because it is a boy, to bear his name; though he says not,--that he would have loved a girl as well. But I know it isn't true. I know he says that to please me. And mamma," she added, drawing Madame Valmondé's head down to her, and speaking in a whisper, "he hasn't punished one of them--not one of them--since baby is born. Even Negrillon, who pretended to have burnt his leg that he might rest from work--he only laughed, and said Negrillon was a great scamp. oh, mamma, I'm so happy; it frightens me."

What Desiree said was true. Marriage, and later the birth of his son had softened Armand Aubigny's imperious and exacting nature greatly. This was what made the gentle Desiree so happy, for she loved him desperately. When he frowned she trembled, but loved him. When he smiled, she asked no greater blessing of God. But Armand's dark, handsome face had not often been disfigured by frowns since the day he fell in love with her.

When the baby was about three months old, Desiree awoke one day to the conviction that there was something in the air menacing her peace. It was at first too subtle to grasp. It had only been a disquieting suggestion; an air of mystery among the blacks; unexpected visits from far-off neighbors who could hardly account for their coming. Then a strange, an awful change in her husband's manner, which she dared not ask him to explain. When he spoke to her, it was with averted eyes, from which the old love-light seemed to have gone out. He absented himself from home; and when there, avoided her presence and that of her child, without excuse. And the very spirit of Satan seemed suddenly to take hold of him in his dealings with the slaves. Desiree was miserable enough to die.

She sat in her room, one hot afternoon, in her peignoir, listlessly drawing through her fingers the strands of her long, silky brown hair that hung about her shoulders. The baby, half naked, lay asleep upon her own great mahogany bed, that was like a sumptuous throne, with its satin-lined half-canopy. One of La Blanche's little quadroon boys--half naked too--stood fanning the child slowly with a fan of peacock feathers. Desiree's eyes had been fixed absently and sadly upon the baby, while she was striving to penetrate the threatening mist that she felt closing about her. She looked from her child to the boy who stood beside him, and back again; over and over. "Ah!" It was a cry that she could not help; which she was not conscious of having uttered. The blood turned like ice in her veins, and a clammy moisture gathered upon her face.

She tried to speak to the little quadroon boy; but no sound would come, at first. When he heard his name uttered, he looked up, and his mistress was pointing to the door. He laid aside the great, soft fan, and obediently stole away, over the polished floor, on his bare tiptoes.

She stayed motionless, with gaze riveted upon her child, and her face the picture of fright.

Presently her husband entered the room, and without noticing her, went to a table and began to search among some papers which covered it.

"Armand," she called to him, in a voice which must have stabbed him, if he was human. But he did not notice. "Armand," she said again. Then she rose and tottered towards him.

Literatura Norteamericana

"Armand," she panted once more, clutching his arm, "look at our child. What does it mean? tell me."

He coldly but gently loosened her fingers from about his arm and thrust the hand away from him. "Tell me what it means!" she cried despairingly.

"It means," he answered lightly, "that the child is not white; it means that you are not white."

A quick conception of all that this accusation meant for her nerved her with unwonted courage to deny it. "It is a lie; it is not true, I am white! Look at my hair, it is brown; and my eyes are gray, Armand, you know they are gray. And my skin is fair," seizing his wrist. "Look at my hand; whiter than yours, Armand," she laughed hysterically.

"As white as La Blanche's," he returned cruelly; and went away leaving her alone with their child.

When she could hold a pen in her hand, she sent a despairing letter to Madame Valmondé.

"My mother, they tell me I am not white. Armand has told me I am not white. For God's sake tell them it is not true. You must know it is not true. I shall die. I must die. I cannot be so unhappy, and live."

The answer that came was brief:

"My own Desiree: Come home to Valmondé; back to your mother who loves you. Come with your child."

When the letter reached Desiree she went with it to her husband's study, and laid it open upon the desk before which he sat. She was like a stone image: silent, white, motionless after she placed it there.

In silence he ran his cold eyes over the written words.

He said nothing. "Shall I go, Armand?" she asked in tones sharp with agonized suspense.

"Yes, go."

"Do you want me to go?"

"Yes, I want you to go."

He thought Almighty God had dealt cruelly and unjustly with him; and felt, somehow, that he was paying Him back in kind when he stabbed thus into his wife's soul. Moreover he no longer loved her, because of the unconscious injury she had brought upon his home and his name.

She turned away like one stunned by a blow, and walked slowly towards the door, hoping he would call her back.

"Good-by, Armand," she moaned.

He did not answer her. That was his last blow at fate.

Desiree went in search of her child. Zandrine was pacing the sombre gallery with it. She took the little one from the nurse's arms with no word of explanation, and descending the steps, walked away, under the live-oak branches.

It was an October afternoon; the sun was just sinking. Out in the still fields the negroes were picking cotton.

Desiree had not changed the thin white garment nor the slippers which she wore. Her hair was uncovered and the sun's rays brought a golden gleam from its brown meshes. She did not

take the broad, beaten road which led to the far-off plantation of Valmondé. She walked across a deserted field, where the stubble bruised her tender feet, so delicately shod, and tore her thin gown to shreds.

She disappeared among the reeds and willows that grew thick along the banks of the deep, sluggish bayou; and she did not come back again.

Some weeks later there was a curious scene enacted at L'Abri. In the centre of the smoothly swept back yard was a great bonfire. Armand Aubigny sat in the wide hallway that commanded a view of the spectacle; and it was he who dealt out to a half dozen negroes the material which kept this fire ablaze.

A graceful cradle of willow, with all its dainty furbishings, was laid upon the pyre, which had already been fed with the richness of a priceless layette. Then there were silk gowns, and velvet and satin ones added to these; laces, too, and embroideries; bonnets and gloves; for the corbeille had been of rare quality.

The last thing to go was a tiny bundle of letters; innocent little scribblings that Desiree had sent to him during the days of their espousal. There was the remnant of one back in the drawer from which he took them. But it was not Desiree's; it was part of an old letter from his mother to his father. He read it. She was thanking God for the blessing of her husband's love:--

"But above all," she wrote, "night and day, I thank the good God for having so arranged our lives that our dear Armand will never know that his mother, who adores him, belongs to the race that is cursed with the brand of slavery."